

# SOCIALIZACIÓN DEL HOMBRE Y DISPOSICIÓN DE LA VIVIENDA (En fase de realización)<sup>1</sup>

(1969)

«Por lo demás, esa pobreza de las relaciones sociales significativas hace a los individuos muy vulnerables frente a la agresión física y espiritual, sobre todo, frente a esta última. La falta de relaciones sociales aumenta la insolidaridad; el aislamiento espacial es la base del aislamiento social e intelectual, y esto hace que las poblaciones dispersas o agrupadas en pequeños grupos sean fácilmente dominables.»

«Así se explica la supervivencia del feudalismo hasta tiempos muy recientes en aquellas regiones de nuestro país en que la población vive más dispersa: Galicia, zonas agrícolas de Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra, norte de Cataluña y demás. La oposición radical entre las gentes de las ciudades de esas regiones (liberales y progresistas) y las de sus zonas rurales (fervorosa y ardientemente carlistas) sorprende a todo el que se enfrenta al estudio de nuestras guerras civiles de los siglos XIX y XX. Pero incluso este fenómeno, tan importante y que ha condicionado tanto el desarrollo sociocultural de nuestro país, ha carecido hasta ahora de explicación, cuando es vital encontrarla para reducir las fuertes tensiones que nos desgarran.»

Eloy Terrón Abad

## ***Introducción***

### **De la producción de bienes a la producción de hombres, como tarea básica preferente de la especie humana a lo largo de su historia**

La *producción de bienes materiales* para el sostenimiento de la vida humana y la *producción de hombres* constituyen las dos tareas básicas, existenciales, con las que ha venido enfrentándose la humanidad desde sus orígenes. Hasta ahora, y en algunos países durante bastante tiempo, la ocupación fundamental de los hombres, y a la que han dedicado por tanto sus esfuerzos físicos e intelectuales, ha sido la producción de bienes materiales.

Esto no quiere decir que los hombres no prestaran atención desde un principio a la producción de nuevos hombres, tarea que constituye el rasgo diferenciador, casi diría definidor, de la especie humana. Pero esta otra ocupación se ha venido centrando sobre todo en la dimensión material de la producción de la vida humana: cuidados, alimentación, transmisión de los procesos de producción y demás. De modo que, mientras estas tareas se han ejecutado, y lo son aún, de modo consciente, la formación de la subjetividad (esto es, la producción de la conciencia de los individuos como una parte, esencial, de la producción de hombres) se dejó de lado en la práctica; un

---

<sup>1</sup> Mecanoescrito, fechado en mayo de 1969, en Madrid, y proyectado a modo de introducción para un estudio posterior de su temática, en profundidad; corresponde a una conferencia en el Colegio Mayor San Juan Evangelista, de Madrid, en ese mismo mes de mayo. Transcripción, revisión y glosas de Rafael Jerez Mir.

olvido, por otra parte, explicable por la simplicidad de la organización de la mayor parte de los grupos humanos y por la estrecha dependencia del individuo respecto del grupo.

Ahora bien, la organización social de los grupos humanos se complejiza a medida que la técnica progresa, y refuerza la interdependencia directa de los hombres respecto de la naturaleza, lo que facilita a su vez la independencia de los individuos en relación con los grupos, hasta el punto de dar la sensación de que el individuo puede prescindir de la sociedad. Aunque esto, que parece una paradoja sorprendente, no es en realidad otra cosa que un resultado del juego dialéctico entre individuo y sociedad: cuanto más primitiva es la técnica de producción, mayor es la dependencia del individuo respecto al grupo social y más pobre la subjetividad; y, al contrario, cuanto más avanzada es la técnica, más compleja es la organización social, menor la dependencia del individuo respecto del grupo y más rica, necesariamente, la subjetividad.

En esta última situación es cuando se produce un cambio en la preocupación y en la actividad total de los hombres: la producción de la vida material, que había sido su actividad predominante, comienza a ceder terreno a la actividad productora de hombres, que sufre por lo demás un cambio cualitativo importante. Porque el progreso técnico, al ofrecer a los hombres una seguridad en la producción de los bienes materiales sin precedentes,<sup>2</sup> conlleva una complejidad enorme de las relaciones sociales y de la organización social que exige, por eso mismo, un enriquecimiento y una complejidad correlativos de la subjetividad de los individuos para que éstos puedan vivir dentro de los grupos sociales y pasar a constituir la base del ulterior desarrollo de la sociedad. Los individuos no pueden adaptarse a la complejización creciente de la técnica productiva y de la organización social si su subjetividad no es de alguna manera un trasunto suyo (un reflejo de las mismas), y la intensificación de las relaciones sociales fuerza de por sí ese desenvolvimiento de la subjetividad (mejor aún, lo produce).

Como se habrá podido observar, hasta ahora me he movido en tres planos fundamentales: la producción de bienes materiales, la producción de hombres y la producción de la subjetividad o conciencia. El objeto de este análisis son, en realidad, solo los dos últimos, y, para entenderlos, hay que considerarlos en su interacción.

## ***La creación del medio humano***

**Al carecer de reflejos incondicionados, el *homo sapiens* pudo crear el medio humano para proteger a sus crías hasta la integración en el trabajo**

Los hombres producen bienes materiales al actuar sobre la naturaleza, en el trabajo. Buscan en la naturaleza su sustento, como todos los animales. Pero, al hacerlo, modifican, transforman, determinados espacios naturales, determinadas porciones de la naturaleza, para acomodarlos, en perfeccionamiento constante, a las necesidades que plantea la reproducción de los hombres; crean con su trabajo el *medio humano*.

---

<sup>2</sup> De hecho, en los países más adelantados ha desaparecido el temor milenar al hambre y a las epidemias, incrustado hasta ahora en lo más íntimo de la subjetividad humana.

Éste es el rasgo en verdad diferenciador, definidor, de la especie humana: la creación y el continuo perfeccionamiento de un *medio especial* en la naturaleza para facilitar la reproducción de los hombres y para protegerse contra las agresiones y los elementos externos. De ahí su importancia trascendental en el devenir del hombre, en su humanización, a lo largo de la historia.

Por lo mismo, y aunque sin entrar en pormenores, habría que decir algo sobre las exigencias impuestas al hombre por la creación del *medio humano*.

Es bien sabido que la especie *homo sapiens* es probablemente la última que apareció en la biosfera y que lo hizo, por tanto, en medio de otras muchas especies, con la complicación consiguiente de su hábitat. Pero, cuando una especie aparece tardíamente en un hábitat ya muy complejo, no puede responder a los numerosos y diversos estímulos de su propio medio con unas respuestas prefijadas en el sistema nervioso de los individuos que la constituyen mediante la herencia; tiene que estar libre de respuestas incondicionadas y poseer la plasticidad necesaria para configurar series de respuestas que se refuerzan con el uso y se desvanecen con la falta del mismo. De hecho, las criaturas del *homo sapiens* aparecieron desde un principio -y aparecen también hoy- prácticamente desprovistas de respuestas innatas, a diferencia de lo que sucede, por ejemplo, en algunas especies de aves o de reptiles, cuyas crías están insertas en el medio de la especie desde que nacen, y saben responder adecuadamente a los estímulos del medio so pena de perecer.

Nacer sin respuestas para hacer frente a los estímulos del medio significa hallarse en un estado de indefensión e invalidez total, como vemos a diario que ocurre con las criaturas de nuestra especie. Pero el hecho, para nosotros familiar, de que los niños nazcan en un estado de indefensión y de invalidez total forzó en sus orígenes a la especie a crear un medio especial para arropar y proteger a sus nuevos miembros; un medio que encarna la historia entera de la humanidad y en el que se materializan todos los hallazgos logrados por los hombres, al extenderse desde los brazos de los adultos, donde nuestros remotos antepasados protegían a sus criaturas, hasta los hogares electrificados de las modernas megalópolis.

He aquí una nueva e importante paradoja, que no es sino un nuevo juego dialéctico. Los hombres han creado el *medio humano* (instituciones sociales, vestidos, muebles, edificios, aldeas, pueblos, ciudades, etc.) para proteger y arropar a sus criaturas en su indefensión e invalidez; y ese estado se prolonga durante muchos años, entre 15 y 20 (y en nuestra sociedad más aún), hasta que, ya adultos, los individuos se hallan en condiciones de valerse por sí mismos e insertarse en la actividad productiva. Los niños y adolescentes no tienen prácticamente acceso a la producción de los bienes materiales (que constituye la verdadera relación de la especie humana con la naturaleza, y tiene lugar en estrecho contacto con ésta, como una prolongación necesaria del medio humano), aunque ése es su verdadero destino.

**La producción de hombres, un trabajo adicional de algunos hombres, no todos, en beneficio de toda la humanidad: del esclavo y el siervo al obrero**

Ahora estamos ya en condiciones de empezar a entender la complejidad del proceso de producción de los hombres y de la creación de la subjetividad. La producción de hombres no se limita a la procreación de niños, a alimentarlos y cuidarlos hasta que sean adultos. En realidad, consiste en *reproducir la fuerza de trabajo*, tarea esencial e importantísima en todas las sociedades históricas; y esto implica una serie de procesos sociales: engendrar niños; alimentarlos y cuidarlos; “adaptarlos” al grupo social, encajarlos en éste; y transmitirles las técnicas de producción necesarias para poder convertirse en verdadera fuerza de trabajo e insertarse en el momento oportuno en la actividad productiva social. Lo curioso de estos procesos es que todos ellos se cumplen en esa especie de campana de cristal que es el medio humano, en ausencia del medio real de la especie, y en el que tendrán que desenvolverse, al lado de sus mayores, al llegar a adultos.

No hay que meditar mucho para caer en la cuenta del enorme esfuerzo suplementario que se imponen los hombres adultos en la reproducción de hombres o de la fuerza de trabajo, pero conviene hacerse alguna idea al respecto para poder entender algunos aspectos importantes de la crisis juvenil e intelectual, hoy en desarrollo.

La reproducción de la fuerza de trabajo exige de los hombres una serie de tareas: una producción adicional de alimentos proporcional al número de hijos; alimentarlos, limpiarlos, vestirlos, preservarlos de las inclemencias atmosféricas y de las agresiones externas de todo tipo mediante una vigilancia directa y constante; inculcarles las normas y costumbres del grupo social para que puedan adaptarse al mismo sin graves perturbaciones; transmitirles las técnicas de producción mediante instrucciones verbales y con el propio ejemplo en la ejecución de las tareas, vigilándolos de modo constante para corregir los errores; etcétera. Todo lo cual implica un trabajo adicional enorme, que algunos hombres, no todos, han realizado en el curso de la historia en beneficio de la sociedad entera y de la humanidad.

La reproducción de la fuerza de trabajo planteó además problemas y exigencias específicos a cada tipo de sociedad humana.

En la sociedad esclavista fue un problema gravísimo: los esclavos no se reproducían, no constituían familias (no se les permitía), por lo que era necesario hacer la guerra o ir a los mercados a adquirirlos para obtenerlos, y, aun así, la disponibilidad de mano de obra fue siempre muy incierta.

El feudalismo resolvió ese problema con gran ventaja: el siervo tenía que formar una familia; para ello, se le permitía construirse una vivienda miserable sobre el lote de tierra que tenía que trabajar para alimentarse él y su familia, en los ratos libres que le dejaba el trabajo en las tierras del señor; y, cuando se moría, dejaba hijos que lo sustitúan.<sup>3</sup>

En cuanto al mundo moderno, en éste el obrero puede casarse, tener hijos, trabajar duramente para criarlos, sacrificarse, hasta ser sustituido por uno de sus hijos, joven, fuerte y sano cuando ya no sirva para trabajar o disminuya su rendimiento, reiniciándose así el ciclo.

---

<sup>3</sup> Es bien sorprendente que en León y en Castilla se llamara *familias de criazón* a estas familias.

Con todo esto se ha querido destacar el enorme esfuerzo humano que implica la reproducción de los hombres, probablemente tanto como la misma producción de bienes naturales. Pero, para entrar de lleno en mi tema, habría que aclarar además los otros dos procesos que implica la producción de hombres; a saber: la adaptación de los individuos al grupo social y la transmisión de las técnicas de producción. Pues de nada serviría criar individuos dotados de un saber hacer si fueran incoherentes con el grupo social en el que tienen que desarrollar su vida, convivir, vivir con los demás; y tampoco podrían convivir si no fueran capaces de cumplir una función, esto es, de insertarse a través de un saber hacer en la producción social. Esos dos procesos son los que hacen de un individuo biológico un miembro útil de la sociedad.

## ***El proceso de socialización***

### **Configuración y enriquecimiento de la subjetividad mediante la adaptación al grupo, la comunicación verbal y el aprendizaje de la técnica**

Podemos denominar socialización al proceso *social* (esto es, cumplido por un número amplio de personas) a través del cual los niños se convierten en miembros útiles y eficaces del grupo. En realidad, se trata de una acción de todos los miembros adultos sobre los niños y los jóvenes, preferentemente, pero también de unos adultos sobre otros. De ese modo, los individuos van adquiriendo, asimilando, las técnicas de producción y configurando en sí mismos el sistema de respuestas a los estímulos del medio aceptado por el grupo de convivencia, esto es, la subjetividad o conciencia.

La socialización es, pues, una actividad social importante, aunque en el pasado se ha producido de una manera fundamentalmente inconsciente. Tardó muchísimo en convertirse en una actividad especializada (aun cuando existiesen brotes de la misma bajo la forma de educación) pese a tener tantas repercusiones para el futuro de los individuos. Es más, hoy mismo casi persiste la misma situación, aunque podemos distinguir en el proceso de socialización una actividad difusa, la acción de la convivencia, y una actividad especializada, la educación (la enseñanza).

Parece necesario recordar aquí que el niño, desde que comienza a hablar, empieza a asimilar respuestas, o sustitutos de respuestas, para los estímulos que inciden sobre él o que lo harán en el futuro. Gran parte de ese primer aprendizaje consiste en respuestas negativas, en inhibir toda respuesta espontánea frente a los estímulos del medio. Esto es muy importante, porque significa que el individuo ha conseguido dominar sus respuestas primarias (somáticas o de tipo ancestral animal), algo imprescindible para poder comenzar a crear una esfera propia, íntima, aunque se construye con las respuestas más frecuentes, aceptadas y preferidas por los mayores del grupo. El individuo desarrolla su subjetividad, su conciencia (el sistema de respuestas, o de no respuestas, a los estímulos del medio) a la sombra del vacío dejado por esa cadena de inhibiciones, de respuestas no aceptadas, mal vistas.

Ese sistema de respuestas hace posible que cada miembro del grupo pueda prever la respuesta que aflorará en una situación determinada; no es otra cosa por lo general que el conjunto de preferencias más frecuentes de los miembros del grupo, expresadas en el lenguaje, en gestos, maneras, etc.; y en

cada individuo está condicionado por su convivencia, por el conjunto de sus relaciones con otros miembros del grupo. Aunque, si bien es cierto (como sin duda lo es) que cada individuo es al nacer como una *tabla rasa* y que su subjetividad tiene que ir ganando con la experiencia, hay que reconocer que ésta es siempre muy pobre en relación con la riqueza inagotable del ambiente natural de la especie; es más: si la subjetividad de un individuo dependiera del aporte individual de experiencia, nunca llegaría a adulto porque no sobreviviría frente a las agresiones del medio.

El niño no está abierto a los estímulos del ambiente natural; al contrario: está más bien protegido contra ellos. Un niño se encuentra desde que nace en un medio dominado por estímulos verbales que ejercen una acción tal que le condicionan por completo de un modo absolutamente determinante. Por eso, no organiza su subjetividad con su propia experiencia sino a base de estímulos verbales, de palabras enunciadas por los que le rodean y que sirven de vehículo a la experiencia de las generaciones pasadas recreada por los vivientes del grupo. Asimila una experiencia depurada, decantada -la inmensa riqueza de experiencia de las generaciones pasadas recreada por las vivas-, que tiene que aprender a traducir del lenguaje valiéndose de la relación de éste con su propia experiencia real.

Se da, pues, la paradoja de que el niño, sin una experiencia directa, percibe palabras que tiene que aprender a revivir como si se tratara de experiencia realmente suya. Así, cuando aprende a través del lenguaje que determinada fruta es venenosa, o que el tigre o el león representan un peligro mortal, tiene que comportarse como si lo supiera por experiencia propia, pues de lo contrario dejaría de tener experiencia, ya que perecería.

El lenguaje tiene, por tanto, una importancia capital en el proceso de socialización, aunque no por sí mismo sino por su función comunicativa. De hecho, en las sociedades prealfabéticas o en la sociedad agrícola tradicional (dominante todavía por cierto en gran parte del mundo), la lengua sólo existe en la función real de comunicación, por lo demás muy limitada, ya que se reduce a cuando una persona le habla a un individuo, o a cuando otras personas hablan a una distancia tal que se les puede oír y entender; y esa limitación de la frecuencia de los estímulos verbales -de la percepción real de palabras en un contexto significativo- constituye un obstáculo muy grave, insuperable, para el desarrollo de la subjetividad.

En una aldea campesina, por ejemplo, las posibilidades de un individuo para enriquecer su subjetividad mediante intercambios verbales, en conversaciones con otras personas, son muy pocas, muy limitadas. Dependen de la frecuencia de los encuentros con otras personas con hábitos y preocupaciones comunes, que permitan establecer una conversación comprensible y esclarecedora. Esto era (y es) así por la total carencia de registros escritos o sonoros de conversaciones o de monólogos (de exposiciones) que pudieran tener sentido para el individuo por engarzar con su subjetividad y enriquecerla, como sucede hoy con los libros y con otros medios de comunicación.

La configuración y el enriquecimiento de la subjetividad humana dependen necesariamente de las relaciones que el individuo mantiene con otros en razón de su comunidad de hábitos, de costumbres, y en general de

cultura. El hombre forja su personalidad -su subjetividad (el mundo de preocupaciones propio)- en la interacción con otros hombres, en el trato significativo con ellos; engarza con la subjetividad de los otros mediante ese trato, de manera que la experiencia ganada por cada uno se comuniquen a los demás y la hagan propia, la fundan con su propia intimidad, convirtiéndola así en guía para la acción futura.

Ese enriquecimiento mutuo de los individuos no depende solo de la frecuencia y la variedad de sus interacciones sino también de la comunidad de preocupaciones, que empuja a cada uno a buscar en otros ayuda para solucionar los propios problemas: la conversación al nivel superficial de la "buena educación" -la cháchara social en torno al tiempo y demás- no contribuye en nada al desarrollo de la subjetividad. Cuando un individuo se enfrenta con dificultades fuerza su memoria para hallar la información adecuada o la busca con afán en los otros; y es justamente en estos casos cuando el hombre es más receptivo y cuando la información recibida se integra con más rapidez con la base previa existente.<sup>4</sup>

Este condicionamiento en que se halla el conocimiento (la información) respecto a las preocupaciones o dificultades del individuo deriva de la propia función del conocimiento: servir de guía a la acción humana.<sup>5</sup> Insisto en especial sobre esa búsqueda anhelante de conocimiento (de información) cuando el hombre se enfrenta con dificultades, porque es extraordinariamente reveladora para el esclarecimiento de nuestro problema. Pues si, ante una dificultad, el individuo no encuentra una respuesta adecuada (esto es, no dispone de la orientación para la acción que le lleve a superarla), entonces busca esa orientación en los otros y, en cuanto la utiliza para conducir su actividad, se la apropia, la integra, la asimila y convierte en parte inseparable e indistinguible de su sistema organizado de respuestas (de su subjetividad, en otros términos).

La subjetividad es lo más íntimo, lo más propio, ese ámbito inaccesible e inabordable que posee cada individuo; es lo que los filósofos llaman el yo, la mismidad, que se manifiesta a través y como soporte y estructura de todas las acciones de cada hombre. Pero esa subjetividad tan íntima está constituida por elementos que nos han llegado de fuera; la construimos con materiales que no hemos elaborado nosotros, con experiencias de otros hombres decantadas en palabras o en oraciones, y, lo que es más sorprendente, con experiencias elaboradas por hombres que han desaparecido hace, quizás, miles de años.

Cada hombre construye su subjetividad con elementos elaborados socialmente. La subjetividad de cada hombre se constituye conforme se

---

<sup>4</sup> Esta situación se da con frecuencia en el nivel científico; y todos hemos tenido ocasión de experimentar la sensación de la búsqueda afanosa de un conocimiento o información al enfrentarnos con una dificultad en el trabajo, o con un examen que nos exija elaborar una exposición orgánica acerca de un determinado tema.

<sup>5</sup> Esto equivale a decir, bajo otro aspecto, que la subjetividad o la conciencia es el conjunto organizado de respuestas de que dispone el individuo frente a los estímulos del medio. Descubrir las relaciones que existen entre la subjetividad (o conciencia) -el sistema orgánico de respuestas-, el conocimiento como guía para la acción y la búsqueda afanosa o anhelante de conocimiento cuando nos acucia alguna preocupación o nos encontramos ante alguna dificultad, tiene una importancia excepcional para la comprensión del hombre, para entender el proceso de formación de la personalidad -el proceso de socialización.

interioriza la transformación de la naturaleza por los hombres organizados socialmente, esto es, la cultura del grupo social en general. Lo subjetivo es una interiorización de lo objetivo; una interiorización de la experiencia social y de su organización. Pero la experiencia social y su organización no son otra cosa que la experiencia ganada por los hombres al transformar la naturaleza para producir los bienes materiales y para construir el medio humano, experiencia que se decanta en el lenguaje, en las herramientas y en las organizaciones sociales y en los usos y costumbres sociales, en la etiqueta, etc.

La subjetividad humana se ha ido ensanchando de modo paulatino conforme aumentaba el dominio del hombre sobre la naturaleza, del que aquélla es un verdadero reflejo viviente. Como trasunto o reflejo del dominio del hombre sobre la naturaleza -del *medio humano*- la subjetividad constituye una especie de esquema, un plano de la realidad, que le sirve a cada hombre para encuadrar su actividad, para conducirla y para dotarla de sentido. La subjetividad está construida sobre lo exterior objetivo, lo que es condición indispensable para que pueda cumplir su función de guía de la actividad de los individuos. Pero lo exterior objetivo que se interioriza no es algo abstracto, no es lo exterior simplemente; es lo exterior que ha modificado el hombre con su acción, transmutándolo en experiencia en el curso de esa misma acción.<sup>6</sup>

Tal es la base y fundamento de la objetividad de nuestra subjetividad, al asegurar la justa correlación entre lo subjetivo (nuestra conciencia) y lo objetivo (nuestro mundo real exterior). Nuestra subjetividad no podría dirigir, presidir, nuestra conducta si ella misma no fuese un reflejo (un a modo de representación) de la realidad exterior en la que se desenvuelven y hacen su vida los hombres del grupo social. La primera condición que debe reunir el plano de una ciudad o de una región para orientarnos con acierto es que responda a la realidad, que la refleje, aunque sólo sea en un lenguaje de signos convencionales; de igual mismo modo, la primera condición de la subjetividad es que ésta sea una orientación de lo real exterior donde ha de producirse nuestra actividad de hombres en el marco de la organización social.

Ahora pueden extraerse algunas conclusiones, que nos serán muy valiosas para proseguir en este análisis de la socialización del individuo.

En cuanto nuestra subjetividad se construye a base de experiencia que no tiene otro origen que la actividad humana (sobre todo, el trabajo cumplido por los hombres pasados y presentes en la transformación del medio para adecuarlo a las necesidades y al bienestar de todos los individuos), refleja por necesidad la amplitud y profundidad del dominio sobre la naturaleza alcanzado por el grupo social, y, por consiguiente, también, el desarrollo del *medio humano*, su complejidad y su riqueza. Existe, pues, una estrecha identidad entre la realidad sociocultural (el medio humano) y la conciencia.

---

<sup>6</sup> Lo que se subjetiva, lo que se interioriza, es la experiencia; pero ésta no es otra cosa que la huella que deja la actividad humana en todo el ser del hombre, en su sistema nervioso, mediante la conjunción de las percepciones de los órganos analizadores externos (que nos suministran imágenes superficiales de lo real concreto) y de las de los analizadores internos (que nos proporcionan la imagen coordinada por nuestros movimientos musculares, que nos refleja la resistencia que lo real opone a su transformación por nuestro trabajo).



Todo esto lleva a plantearse la cuestión de cómo recibe el individuo (cada uno) la experiencia elaborada por los hombres en el trabajo de transformar la naturaleza y crear el medio humano.

Desde luego, la forma más viva es la comunicación verbal directa entre los hombres: nadie puede comunicar la experiencia mejor que quienes la recogen y elaboran. Pero esa relación no siempre es posible: los muertos no pueden comunicarse con los vivos de ese modo; y los vivos, cuando son muy numerosos o están dispersos, tampoco pueden hacerlo, o al menos no con bastante frecuencia. Ahora bien, la humanidad ha buscado soluciones adecuadas y eficaces para posibilitarla; ha creado cadenas de transmisión para comunicar las tradiciones generales del grupo (o el relato de sus grandes acontecimientos que pasan de generación en generación), encarnándolas en los ancianos, que se las han incorporado así junto con las aspiraciones de todos.

De hecho, en los pueblos primitivos y en las sociedades agrarias, los ancianos representan la experiencia viviente del grupo social; y, por lo mismo, tienen la obligación y la autoridad para transmitirlos: son los maestros especializados de los jóvenes. Aunque la transmisión de las técnicas, cuya importancia es transcendental, tiene otro curso: unas, las técnicas públicas, se transmiten sin ningún aparato especial, mediante instrucciones orales (con frecuencia en forma de refranes verbales, para retenerlas mejor) y con el ejemplo activo, al trabajar los jóvenes al lado de los mayores; y otras, las técnicas secretas de los oficios, pasan de padres a hijos, o del maestro al discípulo predilecto, reforzándose su secreto con juramentos y con amenazas terribles.

#### **Retraso histórico-cultural del desarrollo de la personalidad humana por la organización clasista, racista y dogmática de la sociedad: el caso español**

Ahora bien, en el pasado como en el presente, los deseos de comunicación de los hombres se ven con frecuencia obstaculizados, no ya por la distancia física sino por obstáculos de orden social (entre los hay que destacar las diferencias de clase, religiosas, raciales y políticas) difíciles de superar, por lo que han jugado un papel aislador, e inhibidor de la comunicación, que ha dificultado, empobrecido y retardado el desarrollo de la subjetividad, de la personalidad humana.

En nuestro país, desde luego, eso ha sido así en distintas épocas. En la edad media, en concreto, las diferencias de religión, de raza y de clase constituían barreras gravísimas, manifiestas en la difícil convivencia entre moros (berberiscos o magrebinos, sirios, etc.), hispano-germanos y judíos. Las diferencias de raza y de religión eran patentes, pero fue la de religión (musulmanes, cristianos y judíos) la que pasó a primer plano, al beneficiarse con su exaltación determinados grupos sociales.<sup>7</sup>

Debido a la solución histórica que se dio a los conflictos religiosos en nuestro país, las diferencias de religión desaparecieron a partir de determinado

---

<sup>7</sup> La comprensión de este fenómeno es capital para explicar la evolución de la sociedad española y para entender el predominio del factor religioso en nuestra vida social y política.

momento histórico, con el ascenso consiguiente de las sociales y las políticas. Ahora bien, como las más rígidas de estas dos últimas son las diferencias de clase (al cimentarse en la “sangre”, el linaje, la riqueza y el prestigio social), se sobrepusieron a cualesquiera otras y, sobre todo, a las políticas, cuyo desarrollo fue muy limitado justamente por la rigidez y el predominio de las barreras de clase. Y esto, hasta tal punto, que dichas barreras se convirtieron en verdaderos factores de incomunicación y de aislamiento de los hombres y de los grupos sociales.

Esto último merece un análisis más detenido.

La existencia de una poderosa minoría, dueña casi en exclusiva de los medios básicos de producción, crea, por una parte, un amplio cortejo de turiferarios, aduladores y serviles en torno a ella, mientras provoca, por otra parte, la constitución de una amplia clase de labradores semilibres (siervos o colonos), sobre quienes pesa la producción de los bienes básicos e indispensables para la subsistencia de todos y de cada uno.<sup>8</sup>

Las relaciones de la clase dominante con todas las demás clases de la sociedad son relaciones de señor a siervo, o de amo a doméstico; esto es, de absoluta subordinación, de dominio total, ya que no cabe ningún tipo de resistencia. Los señores exigen, imponen, y a los demás sólo les cabe obedecer y decir amén. Sus deseos son órdenes y leyes para todos los demás. De ahí nace una sumisión, espiritual y corporal, total; como los señores son fuente de todo bien (de todo beneficio) como de todo mal (de toda desgracia), todos aquellos que están cerca y tienen comunicación directa con ellos se ven arrastrados a captar su benevolencia y a tenerlos propicios, lo que sólo consiguen mediante la alabanza, la lisonja y la adulación.

Como poseedores de los medios de producción y detentadores del poder económico, social y político, los señores tienen que tomar decisiones respecto a las cuestiones que se les plantean, y para ello necesitan información. Pero ellos no tienen un conocimiento directo de la realidad, porque las clases dominadas, y sobre todo el cortejo que los rodea, se interponen entre los señores y la realidad; además, la información que éstos reciben les llega deformada por el deseo de los paniaguados de captar su benevolencia y su voluntad mediante la lisonja y la adulación. Al no estar construida sobre la experiencia conseguida en el trabajo, que es la fuente básica de toda experiencia, la subjetividad de los señores es deformada, falsa. Y, en cuanto a sus allegados más próximos y demás domésticos y servidores, acaban por creer en sus propios engaños a fuerza de engañar por la práctica de la lisonja y la adulación, pues para todos ellos la verdadera realidad no es la acción de los hombres sobre la naturaleza (el trabajo) sino aquello que es la fuente de todo bien; a saber, la voluntad del señor.

No hay mayor deformación de la subjetividad que la que sufre el paniaguado. Cualquier paniaguado sabe que la perfección relativa con que cumpla su función influye muy poco en su bienestar, en la mejora de su existencia, y que éstos dependen ante todo de un acto de la voluntad de su señor; por eso desatiende su función mientras se vuelve en cambio hacia el

---

<sup>8</sup> Los artesanos, al menos en nuestro país y en nuestras condiciones de atraso, trabajan prácticamente sólo para la comodidad o el bienestar de la clase dominante y sus turiferarios.

señor, el amo, e intentar satisfacer sus mejores deseos. Para el paniaguado, pues, la realidad no es el mundo material, la naturaleza, sino una persona, ya en sí misma deformada, un producto social.

Este tipo de relaciones sociales es muy fuerte y persistente, afecta a masas muy grandes de gentes, y ha dominado durante miles de años y continuará haciéndolo aún. En nuestro país son omnipresentes: se dan en las empresas, en las instituciones y cuerpos públicos, en la agricultura, etc., y en todo lugar donde haya un jefe arbitrario, un amo deformado por la lisonja y la adulación. Su predominio constituye un grave obstáculo para el desarrollo económico y social de nuestro pueblo, porque impide el nacimiento y el establecimiento de las relaciones sociales verdaderamente burguesas, que son una base necesaria para el progreso económico capitalista. Los directores de empresa necesitan una información objetiva, fidedigna, de la realidad social (el mercado, los proveedores, los trabajadores, las entidades de crédito, etc.); y esa información, por fuerza muy abstracta, tiene que ser muy verdadera y muy exacta, para permitir al director tomar decisiones precisas y ajustadas a un plan.

### ***La disposición espacial de la vivienda y su influencia en la formación de la subjetividad<sup>9</sup>***

#### **Las relaciones significativas, base de la construcción de la subjetividad, en la infancia y la adolescencia, y de su desarrollo posterior en la adultez**

La clave del origen y el desarrollo de la subjetividad es la relación del individuo con otras personas; a mayor número de personas con las que se sostiene una comunicación directa, mayor riqueza de la subjetividad.

Esto último es fácil de ver. Si un individuo se desarrolla en contacto con un número reducido de personas (la familia biológica -los padres-, por ejemplo), su subjetividad estará condicionada por la concepción de la realidad de esas pocas personas. Pero si crece en relación con un número mayor de adultos, su subjetividad se desarrollará bajo la influencia de más puntos de vista, que entrarán en conflictos unos con otros, depurándose en esa interacción, con lo que el individuo construirá su propia concepción de la realidad con una aportación de experiencia más amplia.

Merece la pena insistir en ello. Si la subjetividad se construye sobre la base de la relación directa con dos personas, es como si el individuo solo se dispusiera de dos puntos de vista para considerar la riqueza inmensa de la realidad, con la pobreza de ideas o de pensamientos consiguiente. En cambio, cuando uno se desarrolla en comunicación directa con un gran número de personas es como si contara con un número equivalente de maneras de ver para considerar la inmensa riqueza de aspectos de la realidad; en tales condiciones, adquirirá un cierto sentido de la relatividad de los puntos de vista y de toda experiencia en general, y una mayor riqueza de ideas o de pensamientos, por lo que el esquema de realidad que constituirá su subjetividad reflejará con mayor exactitud y riqueza de detalles la realidad exterior en la que habrá de discurrir su vida.

---

<sup>9</sup> Hay otra versión de este epígrafe, tardía, superpuesta a mano y con una letra que no es la del autor: *Contribución de la vivienda a la forma de convivencia y a la formación de la personalidad. (N. del E.).*

La infancia (la niñez) y la adolescencia son las fases de la vida del individuo en las que éste posee mayor plasticidad para el inicio y el desarrollo de la subjetividad. Ésta se constituye y organiza precisamente en esa etapa, forjando así la estructura básica de la subjetividad, que condicionará su desarrollo posterior. Por eso, toda sociedad aprovecha justamente esa etapa de la vida para someter a los niños y adolescentes a una formación especializada.

En las sociedades primitivas son todos los mayores del grupo, y los ancianos en especial, quienes cumplen con gran empeño y rotundidad la tarea de transmisión de conocimientos y de orientación de las subjetividades en formación.<sup>10</sup> La sociedad dividida en clases aprovecha además esa misma etapa para modelar la subjetividad de los jóvenes miembros de la clase superior conforme a los intereses de ésta y para transmitirles la experiencia obtenida en la actividad especializada de esa misma clase superior (que constituye por cierto su experiencia básica). Pero en las sociedades industriales modernas, las exigencias de la industria en mano de obra especializada obligan a extender la formación especializada (la enseñanza) a capas cada vez más amplias de la formación; con esa enseñanza (o educación, en términos más generales) se transmiten los fundamentos más generales de las ciencias, que constituyen la base de las técnicas industriales, pero se aprovecha también la ocasión para orientar la subjetividad de los nuevos miembros de la sociedad en un sentido favorable a los intereses de la clase dominante.

Ahora bien, aun cuando la infancia y la adolescencia es la etapa más apropiada para la formación de la subjetividad (es más, se caracteriza precisamente por ello), la necesidad de la relación con los demás no desaparece hasta la muerte del individuo. Éste tiene una necesidad absoluta de los contactos con otras personas para organizarse y desarrollarse; y, para conservarse en equilibrio, estable, le es indispensable la comunicación con otras personas (de hecho, ésta última constituye su herencia).

El hombre precisa de la comunicación con los otros para superar todas las dificultades con las que tropieza. En los países más adelantados, al menos, no es posible que el individuo cuente con las respuestas adecuadas para todos los estímulos del medio sin el recurso a la experiencia colectiva general, que está disponible en múltiples formas y por diversos cauces, pero sobre todo, en forma viva y accesible, en los demás. Y, en los momentos de agresión física y/o espiritual, la necesidad angustiada de comunicación con otros es algo general.

Se ha hecho ya alusión ya a la agresión espiritual como una de las formas de la violencia de clase. La agresión espiritual se encubrió en el pasado, y se encubre todavía hoy en las zonas más atrasadas de todos los países, bajo las distintas y varias formas de la superstición, incluidos diversos aspectos de las religiones.<sup>11</sup> Pero en las sociedades modernas se da el mismo tipo de agresión espiritual, de múltiples modos: determinadas formas de propaganda política y comercial; ciertas prácticas religiosas que subyugan y

---

<sup>10</sup> Hasta cierto punto, sucede lo mismo en las sociedades agrícolas tradicionales de los países atrasados.

<sup>11</sup> Lucrecio escribió, en la antigüedad, su admirable libro *Sobre la naturaleza de las cosas* contra estas formas de agresión espiritual.

aterrojan a los individuos (hoy ampliamente condenadas); amenazas de guerra y revueltas; rumores de crisis económica y paro; restricciones del crédito y reducción de las actividades productivas; crisis por exceso de producción; muertes de personas queridas; enfermedades y accidentes; etcétera.

La intensidad del impacto de estas formas de agresión espiritual es muy distinta en el individuo aislado, con escasa o nula relación con otros, y en el que se encuentra en comunicación directa con otras personas. El primero girará de modo constante en el círculo de la idea agresiva, viéndola siempre bajo el mismo aspecto, hasta caer en la neurosis, por la imposibilidad de contrastar la idea o la imagen agresiva con la realidad; pero el segundo buscará el juicio de otras personas sobre esa misma idea agresiva, encontrándose con que unos tienden a acentuar la gravedad de la agresión en tanto que otros se esfuerzan en destruirla mediante su desenmascaramiento crítico.

Ahora bien, las relaciones que contribuyen a modelar la subjetividad, y a desarrollarla, enriquecerla y sostenerla, son solamente aquellas que tienen un significado para el individuo porque se intercalan en sus preocupaciones. Los simples saludos o meros encuentros físicos entre los individuos no influyen en absoluto en la misma. Las que lo hacen son las relaciones significativas: esto es, los encuentros y comunicaciones en las que se nos presta atención y nosotros se la prestamos a nuestros interlocutores.

Nuestra subjetividad se construye, pues, sobre la base de las relaciones sociales significativas; es más, las descubrimos, sabemos de nosotros, a través de las reacciones de nuestros interlocutores. El individuo aislado se desconoce; no se ha revelado a sí mismo, carece de seguridad, de confianza, en sí mismo. Sólo cuando los demás confían en nosotros, y nos aprecian y nos demuestran ese aprecio, descubrimos nuestro verdadero valor y adquirimos confianza en nosotros mismos.

#### **La disposición de la vivienda, factor objetivo más determinante de las relaciones significativas; distinción de 4 tipos básicos en el caso español**

En adelante denominaré *forma* de convivencia al conjunto de las relaciones significativas y las condiciones determinantes o factores objetivos que las determinan: la disposición de la vivienda en relación con otras, el tipo de trabajo, la clase social, el empleo del tiempo libre (deportes, aficiones especializadas -música, cine, literatura, etc.-, diversiones), etcétera. Ahora bien, de todos esos factores, el más importante (y el que más condiciona a los otros) es la vivienda: al menos por ahora, la mayoría de la población pasa la mayor parte del tiempo en la vivienda y ésta influye más en la convivencia, especialmente en los casos de las mujeres, los niños y los jóvenes.

Teniendo en cuenta el carácter de la vivienda como factor objetivo más determinante de las relaciones sociales significativas (y prescindiendo de la importancia que habría de concederse al trabajo, para simplificar), puede realizarse un análisis comparativo de las distintas formas de convivencia atendiendo tan sólo a la disposición espacial de la vivienda en relación con las demás condiciones que las determinan.

En nuestro país se podrían distinguir numerosas formas de convivencia atendiendo a la disposición de la vivienda, pero, a fin de evitar engorrosas

discusiones y caracterizaciones minuciosas, pueden reducirse aquí a cuatro formas principales:<sup>12</sup> la urbana clásica; la aldeana o lugareña (pueblerina); la del caserío; y la cosmopolita.<sup>13</sup>

Identificando un poco abusivamente forma de convivencia con el tipo de disposición espacial de la vivienda, llamo *forma urbana clásica* a aquellas agrupaciones de viviendas con las siguientes características: dominio de los edificios de una o dos plantas; obediencia a un ordenamiento urbano determinado por calles, relativamente cuidadas; limitación de unos edificios con otros, sin empleo del suelo para otros fines, como huertas familiares, prados y demás; salidas más fáciles y frecuentes a la calle, de manera que las puertas de salida quedan muy próximas unas de otras; y trabajo de los hombres fuera de la población, en el campo (fábricas) o en las afueras.<sup>14</sup>

La mayor parte de los pueblos del sur de España y la gran mayoría de las pequeñas ciudades provincianas pertenecen a este tipo de disposición espacial de la vivienda, aun cuando el número de habitantes -que influye mucho en la forma de convivencia (sobre todo, hasta llegar a los 6 u 8.000)- oscila también bastante: desde unos 1.000 (como Cristina, en Badajoz, como Guareña) a 30 o 40.000, como Don Benito, Mérida y otros grandes pueblos de Sevilla, Cádiz, Córdoba y otras provincias.

El *tipo aldeano o lugareño* se caracteriza por un alto grado de dispersión de las viviendas, pues cada "casa" (lo que es lo mismo que decir cada familia) se compone principalmente del portal, las cuadras, el pajar, el granero o los cilleros y la vivienda familiar, y todo el conjunto está rodeado de huertos y prados. Por lo mismo, la disposición de las "casas" no obedece a ninguna ordenación, pudiendo disponer de una salida carretal y otras salidas secundarias. Por lo demás, pueden distinguirse tres tipos de agrupaciones: caseríos o barrios (desde 4 o 6 vecinos, y 20 o 25 habitantes), aldeas (desde 12 o 15 hasta 30 o 40 vecinos) y lugares o pueblos (que pueden tener entre 50 o 60 y 150 o 200 vecinos, esto es, desde 200 o 250 habitantes hasta un millar o poco más).

Este tipo de disposición espacial es el dominante en las regiones montañosas del sur y en toda la mitad norte de España, y suele ir acompañado de la pequeña propiedad, formada ya en un período lejano de nuestra historia.

La principal característica del *tipo cacería o cortijada* es la más completa dispersión espacial. Cada familia vive en una alquería, casa de labor, masía o cortijo (el nombre depende de la región), aislada de los demás y a una distancia que puede generalmente evaluarse en centenares de metros o en kilómetros. En cuanto a la composición de la cacería o cortijada, varía según

---

<sup>12</sup> Presiento que esta distribución en cuatro clases es bastante completa y que todas las formas existentes podrían reducirse a ella, a excepción de la distribución de la vivienda en las modernas megalópolis norteamericanas, en las que las viviendas, unifamiliares con jardín, se alienan a lo largo de kilómetros y más kilómetros de calles, más bien, carreteras y autopistas

<sup>13</sup> Para prevenir posibles críticas y discusiones bizantinas, quisiera hacer observar que éste es el primer intento de relacionar la disposición de la vivienda con el desarrollo y enriquecimiento de la personalidad; pido, pues, benevolencia para cualquier inconsecuencia o defecto de argumentación.

<sup>14</sup> Esta forma la designaré también como *tipo Guareña*, tomando el nombre del pueblo de la provincia de Badajoz donde me hice consciente de problema durante los dos meses que pasé en el mismo. {Véase la nota *Disposición de la vivienda y psicología del campesinado*, 1969, editada ya en esta misma Biblioteca Eloy Terrón}.

las regiones y la producción, pero suele consistir en la vivienda familiar rodeada de cuadras, pajares, graneros o cilleros, huertas y prados o tierras de labranza.

Esta casa de labranza es el equivalente del tipo moderno de granja, tan difundido en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Holanda y otros países, cuyos rasgos característicos de todo orden comparte. En España, predomina en la región húmeda del norte, la región subpirenaica y Cataluña; en la región levantina se encuentra una disposición parecida; y también en el tipo cortijo de Andalucía, aunque éste es de escasa importancia en cuanto a nuestro problema.

Por último, el *tipo cosmopolita* se caracteriza por una elevada densidad de población. Los edificios tienen muchos pisos, y cada piso puede contener una o varias viviendas; además, obedecen a normas de planificación, aunque, al menos en los países capitalistas, aparecen muy concentrados, dando lugar así a una alta densidad de población por unidad de superficie. Las viviendas están ordenadas en torno a la escalera o ascensor, pero la superficie habitable es muy pequeña, y no hay ningún factor que seleccione o relacione a los habitantes de las viviendas de un mismo edificio entre sí (y, mucho menos, a los de una manzana, un distrito o la ciudad en su conjunto).

Los habitantes de cada vivienda hacen una vida completamente independiente, hasta el punto de no conocerse, y apenas encontrarse en la escalera o en el ascensor; incluso, en algunos barrios de la burguesía media o pequeña, las gentes evitan el encontrarse. Los hombres adultos trabajan fuera del hogar y a veces a gran distancia de éste, por la escasez de viviendas. Los niños acuden a las escuelas o colegios en los que han podido conseguir plaza, de modo que tampoco se seleccionan por este medio los de una zona determinada.

Las calles suelen estar dominadas por la circulación, realmente intensa, y por las necesidades de aparcamiento de centenares y miles de automóviles, que han devorado todos los espacios disponibles, aceras y paseos centrales de los bulevares incluidos. Son lugares de tránsito rápido, para los automóviles, en primer lugar, y para los peatones que se desplazan a cortas distancias, de modo secundario; y en la mayor parte de ellos la densidad de peatones es también muy grande. Por lo demás, la concurrencia es muy numerosa en todos los servicios públicos, almacenes, restaurantes y cafeterías, etc., lo que da lugar a que predomine el más completo anonimato.<sup>15</sup>

### **La densidad de las relaciones significativas fomenta la libertad física y espiritual del individuo en los grandes pueblos y las pequeñas ciudades**

Lo que se trata de considerar aquí es el impacto de la disposición espacial de la vivienda sobre la formación y el sostenimiento de la subjetividad, con el propósito de entender mejor la evolución sociocultural de nuestro pueblo y la sociedad española actual. Por eso, se deja para otra ocasión el análisis de la convivencia cosmopolita, dada su reciente aparición en nuestro país, de modo que estas breves reflexiones se limitan a los tres tipos anteriores, por su larga vigencia histórica y porque se estima que el esclarecimiento de la influencia de la disposición espacial de la vivienda sobre el desarrollo de la subjetividad (esto

---

<sup>15</sup> Un subtipo del tipo cosmopolita es el de las zonas muy industrializadas, al que podrían aplicarse en gran parte las características del tipo general.

es, sobre la personalidad) tiene en estos tres casos una importancia primordial para comprender y explicar algunas peculiaridades de nuestra historia sociocultural. Por lo demás, supuesto eso, se procurará oponer la convivencia tipo “guareña” (urbana clásica) a los otros dos tipos, aldeano y lugareño, y caserío.<sup>16</sup>

El viejo aforismo medieval, “el aire de la ciudad hace al hombre libre”, es muy justo, y no se refiere sólo a la libertad de la opresión física sino también a la libertad de toda opresión espiritual.

En la forma de convivencia tipo “guareña”, los niños salen a la calle, cuyas aceras están primorosamente limpias, fregadas, tan pronto como son capaces de andar. Aunque es estrecha, la calle no ofrece ningún peligro, puesto que la circulación es muy pequeña. Una vez en ella, los niños se encuentran con otros niños, con los que quieren jugar; y juegan niños y niñas juntos. Esto tiene mucha importancia, porque el trato de los niños entre sí influye en su modelamiento mutuo de modo notorio. Y, cuando el niño llega a la edad escolar, va solo a la escuela o se junta con los que viven cerca de su casa para ir con ellos, lo que influye también en el desarrollo de la iniciativa individual y en el aprendizaje de las reglas de comportamiento social, con el consiguiente desenvolvimiento de la disciplina personal.

Es sobre todo en los juegos donde el niño aprende a comportarse conforme a reglas y donde vive el sentimiento de reciprocidad. Ni los niños ni las mujeres suelen trabajar, y llama la atención el ver a niños ya mayorcitos y adolescentes jugando en las calles, en las plazas o en las afueras de los pueblos en campos de deporte improvisados. Fuera de las horas de escuela, claro, pues la gente ya conoce el valor que tiene saber leer y escribir, e incluso posee una formación elemental.

En el caso de los adolescentes y los jóvenes lo más importante es el paseo al anochecer por las calles más céntricas del pueblo, durante el cual se relacionan los muchachos y muchachas en un verdadero ensayo de noviazgo. Es bien conocida la influencia de las relaciones con personas del sexo opuesto en la modelación de la personalidad del adolescente; y, como el paseo discurre por calles muy céntricas, unos a la vista de otros y todos a la vista de los mayores, no puede por menos que predominar la mayor circunspección y comedimiento de los muchachos para con las muchachas.

La convivencia prolongada de niños, adolescentes y jóvenes influye, pues, de una manera determinante en la formación de la personalidad, por la enorme densidad de relaciones significativas que conlleva.

Por lo demás, un aspecto importante para la convivencia social es el relativo al aseo personal, las maneras, el vestido y el lenguaje. Puesto que las mujeres no suelen trabajar fuera del hogar (excepto quizás durante la recogida de la aceituna, en el sur), pueden dedicar todos sus esfuerzos a la limpieza de la casa, la atención de los niños y el cuidado de sí mismas: los encuentros constantes con otros llevan a cuidar el aspecto exterior, sobre todo las mujeres

---

<sup>16</sup> Como anécdota personal, les confesaré que, hasta primeros de febrero pasado, yo estaba convencido de la superioridad de los dos segundos sobre el primero, esto es, de los tipos de convivencia predominantes en el norte de nuestro país sobre el predominante en el sur. {Véase al respecto el texto citado en la nota 14}.



y los niños. Las mujeres, porque la vivienda está muy de cara a la calle y en cada momento ven a vecinas a pocos metros y son vistas por ellas; y los niños, porque éstos salen en cualquier momento a la calle, se encuentran con los de las viviendas inmediatas y el que anda sucio es rechazado habitualmente por las madres de los otros niños, que están atentas a la calle. La enorme frecuencia de los encuentros, siempre con personas conocidas y ante quienes no se puede desmerecer (ya que el aislamiento sería muy doloroso), obliga a cuidar el aspecto exterior y las buenas maneras.

En estos grandes pueblos y pequeñas ciudades, donde conviven campesinos ricos, comerciantes, profesionales, campesinos medios y pobres y obreros del campo y de las industrias locales, la mayor parte de la gente se conoce. Esto parece asombroso en agrupaciones de 10.000 o más habitantes, pero es posible que se explique por la existencia de diversos factores de convivencia.

Los obreros agrícolas, en concreto, se reúnen todas las mañanas en un lugar para ser contratados por los campesinos ricos o por sus administradores, y aprovechan para hablar entre sí y comentar las incidencias del trabajo y del empleo y las preocupaciones de cada uno. También suelen encontrarse en el mercado cuando éste tiene lugar, en los bares y tabernas los días festivos (y los días de trabajo, al anochecer), en los acontecimientos sociales (fiestas, bodas, bautizos y entierros) y hasta en la misa de los domingos y festivos, si es que asisten a ella; y, como es natural, aprovechan todos esos encuentros para hablar, comentando los acontecimientos comunes o los problemas y dificultades personales, y aportando cada uno su opinión sobre cada cuestión, con la influencia consiguiente de la conversación sobre todos ellos, que enriquecen así el propio punto de vista.

Para comprobarlo, basta pensar en la relatividad del impacto de las agresiones espirituales, como los temores o amenazas (el miedo a las brujas o, simplemente, los excesos de algunos sacerdotes con las amenazas de las penas del infierno), allí donde se da esta forma de convivencia. Tales amenazas pierden todo su efecto y su poder tan pronto como los afectados pueden hablar entre sí, que es al poco de sufrirlas. De hecho, la influencia de la intercomunicación constante de los individuos se manifiesta de forma clara en la religiosidad, muy serena, equilibrada y exenta de impurezas supersticiosas, de este tipo de gentes. Y algo similar ocurre con la propaganda política dirigida a inculcar un sentimiento o una idea para la acción.<sup>17</sup>

**En las aldeas y caseríos la estructura básica de la subjetividad es rígida, y su desarrollo, elemental, por la pobreza de las relaciones significativas**

Véase ahora lo que sucede en las otras dos formas de convivencia: la aldeana y lugareña, y la del caserío.

En las aldeas, lugares y caseríos los niños viven la primera infancia casi aislados dentro del círculo familiar y las relaciones con los mayores son muy escasas (de hecho, sólo se relacionan con sus padres). En los caseríos el

---

<sup>17</sup> Entre estas gentes, se frustraría aquella consigna del nazismo alemán que cita uno de sus críticos: “nuestro deseo ardiente es que todos los alemanes marchemos codo con codo, pero cantando, para no hablarnos”.

aislamiento es total hasta que los niños van a la escuela, y en las aldeas y lugares los contactos con otros niños antes de la edad escolar son pocos y esporádicos; salvo en las horas que pasan en la escuela, los niños se encuentran condicionados por la vigilancia familiar. Además, estas formas de convivencia van siempre acompañadas por la pequeña propiedad campesina, uno de cuyos rasgos característicos es el aprovechamiento excesivo del trabajo de los hijos, que empiezan a ser utilizados en tareas ligeras, como el cuidado del ganado, desde los 5 o 6 años; así, los niños adquieren muy pronto las preocupaciones de los mayores, pero a costa de su carencia de infancia.

La primera fase de la formación de la subjetividad es en este caso, por tanto, muy pobre, y se manifiesta en la forma de una gran rigidez de la estructura básica de la personalidad, que limita la capacidad posterior para recoger y asimilar la nueva información.<sup>18</sup>

Por otra parte, la falta de relación de los niños con las niñas, y luego de los muchachos con las muchachas, retrasa la configuración de la personalidad del individuo y la aparición de los caracteres sexuales secundarios. Lo limitado de la convivencia con personas del sexo opuesto (reducida a las mujeres de la familia: las hermanas y la madre) da lugar a una tremenda rigidez en la concepción de la sexualidad, a una intensa represión y a una mayor frecuencia de los complejos tipo Edipo, Electra y demás. De hecho, en los muchachos, la timidez frente a las muchachas es muy frecuente, y de ahí la formación de pandillas de muchachos y muchachas por separado, lo que se extiende hasta la creación de ciertas asociaciones o clubs de jóvenes con exclusión de las muchachas (incluso puede estar mal visto el alternar con muchachas).

La convivencia aldeana y la del caserío tampoco estimulan el cuidado personal, el aseo, los vestidos y el refinamiento de las maneras. Como las mujeres trabajan en el campo, no les queda mucho tiempo para cuidar de la limpieza de la casa ni de la de sus hijos. La distancia de las viviendas y la escasez de los encuentros entre los vecinos explican que, sobre todo en las mujeres y en los niños, no se cuida el aseo, siendo frecuente el que pasen días y hasta semanas sin lavarse ni mudarse de ropas, hasta el punto de que en regiones muy montañosas solo visten sucios andrajos. Hay regiones enteras en las que la vivienda familiar no se diferencia mucho de las cuadras. Ahora bien, lo horrible y miserable de las viviendas, el desaseo personal y la suciedad de los vestidos afectan de modo inevitable a la formación y al desarrollo de la subjetividad en general y a la propia estima y dignidad, en especial; lo que, en muchas regiones, se manifiesta en la tosquedad del trato, que contribuye a aumentar el aislamiento del individuo.

En general, allí donde dominan estas formas de convivencia se da una fuerte inclinación a la autosuficiencia, al autoabastecimiento; en gran parte, por la pequeñez de la agrupación de la población, que no permite la existencia de un comercio suministrador de bienes ni de un comercio recolector de excedentes, y hasta de simples recoveros. No hay mercados; sólo, periódicas ferias en determinados lugares, a veces deshabitados. Pero, aun cuando para

---

<sup>18</sup> Esto confirmaría el dicho que sostiene que las personas que se aferran a sus ideas o puntos de vista lo hacen porque, al tener muy pocas, no pueden sustituir unas por otras (de modo que, al carecer de detalles y matices, su esquema de la realidad es bien pobre),

muchas gentes el ir a la feria es una especie de fiesta, aquélla se dedica ante todo al ganado.

En la mayoría de las aldeas y lugares los hombres no disponen de ningún centro de reunión, a excepción de una taberna pequeña y sucia, que lo es todo al mismo tiempo: depósito de ultramarinos, estanco y bar. Los caminos son intransitables durante todo el invierno, por la falta de saneamiento y urbanización, lo que contribuye también al aislamiento de las gentes, puesto que en esas condiciones se les quitan los deseos de salir. Y, como las tareas agrícolas se realizan de modo individual, tampoco contribuyen a la comunicación y al intercambio de experiencias entre unos y otros.

Cuando la vida es tan dura, porque hay que trabajar con denuedo para extraer a la tierra un sustento miserable para la familia y la escasez ronda constantemente, y cuando, además, los individuos hacen su vida en núcleos reducidos y limitados con frecuencia al círculo familiar, el desarrollo de la subjetividad sólo puede ser elemental. La falta de comunicación y de intercambio de experiencia bloquea la capacidad de reflexión, hasta el punto de que los individuos no pueden desarrollar el pensamiento abstracto; para ellos sólo existe la acción, el trabajo, que constituye la más rica expresión de su pensamiento, de su racionalidad y de una limitada capacidad de expresión oral; a eso se reducen las manifestaciones más importantes de su vida intelectual

Las prácticas religiosas ponen de manifiesto el carácter de la vida intelectual de estas gentes: son activas pero exteriores; no existe la oración interior, pues la oración es siempre oral o bisbiseada, articulada. Por lo demás, las formas supersticiosas predominan en la religión, en las relaciones humanas y en la concepción de la realidad, puesto que la incapacidad de los individuos para elevarse al pensamiento abstracto les obliga a la personificación, a la cosificación.<sup>19</sup>

### **El condicionamiento de la psicología de la población por la disposición de la vivienda, resulta clave para entender la España de los últimos 150 años**

Al condicionar así los rasgos más típicos y característicos de la población en las regiones donde predominan, estos tipos de disposición de la vivienda, permiten hallar una explicación a algunos de los acontecimientos que más han influido en el desarrollo sociocultural de España durante los siglos XIX y XX: las guerras civiles, la persistencia de las relaciones de origen feudal, que aún colorean nuestra vida social, y la vigorosa supervivencia de esa masa de escorias supersticiosas que matizan y colorean nuestras prácticas religiosas.

La pobreza de relaciones sociales significativas impide la posesión de puntos de vista distintos y, a veces, contradictorios acerca de la realidad natural y social; y la escasez consiguiente de puntos de vista, de ideas, obliga a los individuos a aferrarse a los pocos que poseen y a sostenerlos como la única verdad posible. Lo elemental de ese tipo de relaciones sociales impide el desarrollo del pensamiento abstracto de los individuos y explica el predominio

---

<sup>19</sup> Hasta ahora no se ha podido encontrar más explicación para la creencia en las brujas y demás seres fantásticos que la referencia al clima: el cielo nublado, las frecuentes lluvias, las nieblas, el relieve del suelo y la constante vegetación. Ese tipo de correlación es muy difícil: tales factores operan, pero sólo en cuanto hacen posible o fomentan la dispersión de la población o su agrupación en núcleos muy pequeños.

de la acción sobre la palabra y el pensamiento.<sup>20</sup> La falta de hábitos de comunicación oral y del “contraste de pareceres”, del intercambio de opiniones, inclina a resolver las diferencias entre individuos, y entre grupos y clases sociales, por caminos distintos de la discusión (con el agravante de que la escasez de relaciones significativas tiende a agrandar las diferencias, al elevar a categoría superior simples diferencias de matiz que se resolverían hablando); esto es, predispone a utilizar métodos violentos, argumentos tan contundentes y precisos como la estaca.

Por lo demás, esa misma pobreza de las relaciones significativas hace a los individuos muy vulnerables frente a la agresión física y espiritual. Sobre todo, frente a esta última: la falta de relaciones sociales aumenta la insolidaridad; el aislamiento espacial es la base del aislamiento social e intelectual; y esto hace que las poblaciones dispersas o agrupadas en pequeños grupos sean fácilmente dominables.

Así se explica la supervivencia del feudalismo hasta tiempos muy recientes en aquellas regiones de nuestro país en que la población vive más dispersa: Galicia, zonas agrícolas de Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra, norte de Cataluña y demás. La oposición radical entre las gentes de las ciudades de esas regiones (liberales y progresistas) y las de sus zonas rurales (fervorosa y ardientemente carlistas) sorprende a todo el que se enfrenta al estudio de nuestras guerras civiles de los siglos XIX y XX. Pero incluso este fenómeno, tan importante y que ha condicionado tanto el desarrollo sociocultural de nuestro país, ha carecido hasta ahora de explicación, cuando es vital encontrarla para reducir las fuertes tensiones que nos desgarran.

---

<sup>20</sup> Un escritor carlista ha observado que los navarros, vascos y aragoneses son más amantes de la acción que de la palabra, de la oratoria. (R, Oyarzun. *Historia del carlismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1969).